

CUATRO TESIS PARA EL DESARROLLO DE UNA HISTORIOGRAFÍA DE LA GUERRA EN GUATEMALA¹

■ *Manolo E. Vela Castañeda*

INTRODUCCIÓN

¿Cuál es la relación entre rebelión y genocidio en Guatemala? Luego de más de dos décadas de ocurrido aquel episodio en nuestra historia no podemos más que afirmar que carecemos de respuestas. En Guatemala, el genocidio tuvo lugar en medio de la guerra. Y la guerra estuvo determinada por un levantamiento campesino, mayoritariamente indígena.

Hasta ahora, nosotros sabemos de muertos, pero sabemos poco de la guerra y sabemos mucho menos de aquel levantamiento indígena y campesino. Lo descubierto hasta ahora es apenas un atisbo de una profundidad. Debemos reconocer que hemos llegado a la superficie: no tenemos un relato exacto de qué sucedió. Sabemos con certeza quiénes fueron las víctimas, cómo y cuándo murieron. Sabemos también que fueron asesinadas –en su gran mayoría– por unidades del ejército. Hasta allí hemos llegado. De este punto en adelante, el camino se oscurece. Sabemos de víctimas, pero no de campesinos indígenas rebeldes; sabemos de organizaciones revolucionarias, pero no de cómo éstas se relacionaban con aldeas; y sabemos del ejército, pero no de soldados

–indígenas en su gran mayoría– que actuaron junto a oficiales –ladinos– encuadrados en estructuras (pelotones, compañías, batallones, brigadas y fuerzas de tarea). Sobre las alianzas que sostuvieron a la institución armada en la cima del poder, sigue privando un sentido de suposiciones y sentidos comunes. Esto, si bien indica lo mucho que hay por hacer, también marca la inexistencia de puntos de apoyo para otros estudios. Contar por ejemplo con una historia militar de la rebelión, o trabajos que detallen el papel de las élites económicas en medio de la guerra.

Al final, el genocidio fue el resultado de haber perdido la batalla en aquel desafío al sistema de dominación. Aquí se combinaron razones militares, que tienen que ver con la rebelión y no precisamente con la peligrosidad de las unidades guerrilleras. Importó más, el carácter masivo del apoyo a las unidades guerrilleras en el altiplano, que la capacidad militar en la bocacosta. Esto fue el desafío que enfrentó un Estado fuerte, y no débil como advierten algunos, que siempre contó con sólidas alianzas nacionales e internacionales. Acostumbrado a emplear el terror y que anteriormente (en 1967) ya se había fogueado en este tipo de guerra.

1 Las ideas aquí contenidas fueron expuestas –por primera vez– en la Conferencia impartida con motivo del 33 aniversario de la Escuela de Historia de la Universidad de San Carlos de Guatemala, Ciudad de Guatemala, 22 de agosto de 2007. Las notas de aquella conferencia y algo más, se convirtieron en este ensayo.

Se precisa indagar en la amenaza y en el Estado, desde una idea de crisis. Pero también, debemos indagar en un cierto sentido de oportunidad. Esta puede verse desde dos perspectivas. Por un lado, lo internacional: el triunfo del Partido Republicano, en noviembre de 1980, en las elecciones para la presidencia de Estados Unidos. Con el aliado mayor, los perpetradores alcanzaron un cierto sentido de impunidad asegurada: no serían amonestados o perseguidos por lo que sucediera. El segundo aspecto relacionado con la oportunidad me parece que tiene que ver con la geografía de las poblaciones víctimas, como lugares aislados. Combinado con años de manejo de un poder absoluto, no era difícil que los perpetradores se cuestionaran ¿Quién se acordará de Río Negro, San Francisco, Las Dos Erres? La oportunidad filtra tendencias de más larga duración que dieron forma a la crisis. También, la idea de oportunidad permite entender los muchos momentos en los que aquellos eventos pudieron haber tomado un rumbo diferente.

Incluir aquí, dimensionándolos, a la religión y al racismo. La religión jugó un papel, no sólo como elemento propagador de la ideología de los rebeldes, sino también, como fundamento de las razones de los perpetradores. En una tradición que se extiende –contemporáneamente- a las ideas de la contrarrevolución de 1954, cuando nuevamente la religión jugó un importante papel. Pero también el racismo. Si bien es cierto que el racismo ha sido parte consustancial de la formación del Estado, los guatemaltecos no estábamos programados desde el siglo XIX para matar a otros. El racismo juega un papel, pero a la par de otros factores. Combinado con esta idea de crisis histórico-social, es como tiene un efecto explosivo.

Pero se trata de realidades complejas en las cuales hubo una poderosa mezcla de factores: un régimen con recursos de poder, con sólidas alianzas internas y que gozaba de un poderoso aliado internacional. Una guerrilla mal equipada, con escasos recursos provenientes del exterior y con una estrategia que hizo más énfasis en el triunfalismo que en campañas militares. Un campesinado que se levanta contra sus opresores, animado por los cambios que se habían gestado en el agro guatemalteco, la politización de parte de partidos políticos permitidos por los regímenes militares y la iglesia católica y el contacto con los líderes rebeldes. Tales, me parece, son los hilos con los cuales debemos escribir estas historias.

La tarea está allí y nos corresponde a nosotros contar lo que sucedió. De esa manera, nuestra disciplina, eso que llamamos sociología o ciencias sociales, se acercará más a sus orígenes: a ser capaz de contar de la vida y la muerte, el sufrimiento de los seres humanos.

TESIS NÚMERO UNO EL ESTADO DE GUATEMALA RESPONDIÓ, CON ACTOS DE GENOCIDIO, A UNA REBELIÓN INDÍGENA Y CAMPESINA

El estudio y la comprensión de la rebelión indígena y campesina en el altiplano asesta golpes fulminantes a una interpretación que presenta a los “pobrecitos indios” presas de la manipulación de una “banda de estalinistas” obcecados, los “hijos de rígidas sociedades eclesiásticas”, la “gesta de los cristianos revolucionarios”. Enfocados como víctimas inocentes en el enfrentamiento entre el ejér-

cito y los insurgentes, los pueblos indígenas, sujetos principales de la rebelión, terminan siendo borrados. Esta tesis se halla en *Entre dos fuegos*, de D. Stoll (1993); y, en *La guerra en tierras mayas*, de Yvon Le Bot (1992).² En síntesis, éstos se adscriben a la idea resumida por Le Bot, de que: “la lucha armada provocó... un baño de sangre...” (292). Del conjunto de la obra de éstos académicos únicamente ha cobrado intensidad el debate entre D. Stoll (1999) y Arturo Arias (2001) (2001a), a propósito del libro del primero sobre Rigoberta Menchú.³ Al leer los eventos desde esta interpretación (hubo guerra porque hubo rebel-des), los revolucionarios lo son todo. Pero en los episodios revolucionarios los revolucionarios llegaron a ellas. Se encontraron con ellas, y en los mejores casos, lograron colocarse al frente y triunfar.

Aquella rebelión indígena y campesina fue la base de la guerra que por aquellos años se vivió en aquella región del país. Lo que para Le Bot termina generalizado como “la violencia”, “el conflicto”: “El conflicto no hizo avanzar la solución del problema político guatemalteco; puso un freno a la modernización comunitaria e infundió por toda la sociedad la violencia obsesiva del poder ladino; la tentativa de los teólogos de la liberación por transmutar una dinámica de emancipación en afán de revolución terminó en un callejón sin salida” (Le Bot, 1992: 297). En otra parte dirá: “...haber desencadenado el mecanismo que a ella condujo, y de no haber sabido ni podido contenerlo. No supo evitar esta guerra...” (296). También: “...esta guerra fue impuesta

a los indios; ellos no la quisieron; y es verdad que éstos han aportado la parte esencial de los combatientes y de los muertos, los jefes y los que han decidido fueron casi siempre ladinos; la estrategia, los objetivos y la lógica de la lucha revolucionaria no eran los de los indios” (Le Bot, 1992: 288). Pensar que un grupo de sacerdotes españoles, teólogos de la liberación, fueron capaces de incendiar el altiplano guatemalteco es un verdadero disparate. En la explicación de Le Bot, el conflicto pasa de efecto a causa. Pero no una causa, sino de aquel tipo de causas que tienen respuestas para todo. Es causa que no hubiera solución al problema político, es un freno a la modernización (¿?), y causa de la propagación del racismo. No hay violencia, conflicto, hay unos que decidieron alzarse frente a otros, y éstos les mataron. En Le Bot, la generalidad sirve para enmascarar. Otra de las “explicaciones” que salen de este canasto de sastre es la crítica a la organización revolucionaria: verticalismo, ausencia de consulta, impaciencia, militarismo, autoritarismo, imposición, voluntarismo, populismo, centralización, homogeneidad, instrumentalismo, jerarquía, ¿se dice algo nuevo en esta descripción de la guerrilla latinoamericana? Probablemente no. Resulta que si el mecanismo explicativo funciona tan bien, no cabe duda que esta vanguardia, cristiana, en la que estaban los “curas españoles”, pero tremendamente achacosa, como la pinta Le Bot, fue la que le prendió fuego al altiplano guatemalteco.

La explicación simplista de este fenómeno ha hecho dos cosas: tomar una porción del territorio, recortarla e introducirla en un tubo de ensayo. Hacer una correlación –si es que así puede esto llamarse– entre el accionar del EGP y el genocidio. Para Le Bot (1992) y para

2 Otros textos, ejemplares en la aplicación de ésta tesis son: Grenier, 1999; y Danner, 1994.

3 En 1999, el *Entre dos fuegos...* fue criticado por José Santos García Noval (1999).

Stoll (1993), aquí no coinciden diversos factores, sino sólo uno: hay accionar del EGP, entonces, hay masacres y genocidio. Me parece que la realidad es mucho más compleja. Los dos polos no fueron la insurgencia y el ejército. Sino más bien, la población que se revelaba y el ejército que la castigó. Finalmente, la guerrilla no logró hacer que la combustión sirviera para hacer mover el motor. Entonces, lo importante, más allá de entender la estrategia guerrillera, consiste en entender cómo aquella estrategia prendió en las poblaciones que se volcaron a la rebelión. Finalmente, la interrogante acerca de cómo se dio la incorporación de los indígenas en la guerra, es uno de los elementos centrales de esta historiografía por hacerse. En un editorial, escrito a inicios de 1984 se apuntaba lo siguiente:

“Asistimos no sólo al enfrentamiento del indígena con el ladino poderoso, sino también a la confrontación del indígena pobre y explotado con el indígena explotador [...] Escuchamos con frecuencia cómo a la luz de su experiencia, grandes grupos indígenas decidían con profundidad, inteligencia y lucidez el destino y el futuro de sus familias [...] Los viejos y los nuevos tópicos sobre los indígenas –el indígena atrasado e ignorante; el indígena inocente y puro, mezcla de naturalismo y hipismo; el indígena engañado y utilizado, hasta por la guerrilla, infantil siempre, sin capacidad de decisión o capaz solamente de decisiones inmaduras– siguen tan actuales ahora como quince años atrás. Como si los pueblos indígenas no hubieran dado ya suficiente sangre y pruebas ante la comunidad nacional e internacional de la calidad de su madurez

y de la profundidad y acierto de sus decisiones históricas”⁴

¿Cuál es la relación entre rebelión y genocidio en Guatemala? ¿Existió realmente una rebelión en Guatemala? ¿O se trató más bien de organizaciones insurgentes que realizaban acciones armadas? Luego de más de dos décadas de ocurrido aquel episodio en nuestra historia no podemos más que afirmar que carecemos de muchas respuestas. Hasta ahora, nosotros sabemos de muertos, pero sabemos poco de la guerra y sabemos mucho menos de aquel levantamiento indígena y campesino. Ignoramos sus raíces, los resortes que propulsaron la movilización y las formas que su desarrollo fue adoptando a lo largo de aquel tiempo. Hace falta trabajar en profundidad aquel conjunto de factores expuestos magistralmente por Arturo Arias (1983) en: “El movimiento maya en Guatemala”.

Me parece increíble cómo los estudios en torno a lo maya en Guatemala no han podido ofrecer una explicación consistente en torno a la participación de los indígenas en la guerra. Muy a pesar incluso del desafío que estos dos intelectuales, uno francés y el otro nortamericano, hace más de una década nos han planteado. La clave para comprender este vacío podría estar en que mucha de la producción intelectual se ha separado de las raíces de clase. También, las explicaciones en torno a este pasaje de la historia se buscan a través de entrevistas individuales, las que generalmente carecen de un enfoque de aná-

4 IGE (*Iglesia Guatemalteca en el Exilio*) (1984), “Editorial: Indígenas de Guatemala: más allá del mito”, *Iglesia Guatemalteca en el Exilio*, Año 4, No. 2, (febrero-marzo) 1984.

lisis. Así, más que interpretación de eventos históricos, esto se queda en las percepciones individuales. Más contemporáneamente, a pesar que sigamos ignorando las formas en que guerrilleros y pueblos indígenas, al cruzarse, dieron forma al movimiento social más grande en la historia nacional, interesa más explicar las relaciones multiculturales. Ahora además, este esfuerzo de investigación tropieza con un discurso de posguerra que premia a las víctimas. Entonces, se recrean historias de victimización y se da un paso al costado cuando de asumirse como rebeldes se trata.

¿Qué debemos entender por rebelión? Se trató de un proceso de movilización a gran escala, durante un largo período de tiempo en una gran parte del territorio nacional, que hace uso de forma -más o menos intermitente- de la violencia, en un conflicto entre grupos de clase y estatus y el Estado, en relación con la soberanía estatal, fundamentada en reivindicaciones culturales, sociales, políticas y económicas, cuyas mediaciones transformaron al Estado y a la sociedad (Walton, 1984: 6-9, 13).⁵ Aquellas masas indígenas del altiplano encontraron en las organizaciones insurgentes una oportunidad de movilizarse contra sus agresores más directos: los fin-

queros y sus intermediarios locales. Una de las características señaladas por varios testimonios afirma el carácter colectivo que la movilización asumió en aquellas poblaciones. Así, reiteradamente, hemos encontrado evidencia de que las comunidades se alzaban de forma colectiva. Obviamente, aquella lógica rompió presupuestos de seguridad propios de una organización clandestina. Esto es lo que queda claro en el testimonio de Pablo Ceto (2006) cuando afirma:

“...las comunidades Popti, Chuj, Ixhil, K'ich'e, Q'eqch'i, Mam y otras, registran en su memoria histórica la decisión de sus autoridades tradicionales, los Mamiñes en San Miguel Acatán, los Mama' y B'aalvatziixh en la Región Ixil, entre otros, de incorporarse de manera colectiva y comunitaria al proyecto revolucionario como continuación de su resistencia maya de siglos atrás, fue una decisión histórica de los consejos comunitarios mayas. Con la masiva participación indígena, en distintas regiones del país la lucha revolucionaria guerrillera se insertó en las miles de formas de la resistencia indígena, esta vez, en sus propias montañas, barrancos, bosques y milperíos, desarrollando frente al enemigo común, el ejército y su política de represión y genocidio, la creatividad más grande, de indios y ladinos revolucionarios, hombres y mujeres, para llevar al movimiento guerrillero a sus momentos más álgidos y de mayor fortaleza a finales de los años 70.”

Aunque aquel proceso dista mucho de haber adquirido un carácter homogéneo, en clave de pensar por ejemplo que todo el altiplano

5 La idea de rebelión permite entender aquellos procesos que no derivan en revoluciones sociales, tal y como éstas son definidas por T. Skokpol (1979) en el clásico *Los Estados y las revoluciones*, en función del resultado que distingue aquel proceso: las rápidas transformaciones de la estructura de clases y el Estado. Las rebeliones pueden producir resultados no esperados, a nivel de las estructuras sociales y políticas. Por ejemplo, el empleo de formas más violentas de represión por parte del Estado, o también, la transformación del régimen político. Hay rebeliones nacionales sin resultados revolucionarios. El concepto se sitúa en medio entre las protestas de corta duración, las rebeliones localizadas, y las revoluciones sociales.

funcionó de esta forma, sí puede ser asumido como una evidencia detrás de la cual poder rastrear otros casos en los cuales las circunstancias fueron éstas. Como caso en contrario está el ajusticiamiento de Sebastián Guzmán (EGP, 1982).

La constitución de esta rebelión indígena y campesina fue paulatina, lenta, larvada a lo largo de décadas. La puerta para su comprensión son los momentos de emergencia, cuando una relación de poder dual empieza a ser evidente ante el desafío de un conjunto de fuerzas sociales, políticas y militares en contra del Estado. Durante aquellos períodos de falsa calma, cuando todo parecía asemejarse al orden burgués, la forma como las piezas encajaban, configurando el escenario de la revolución, no era evidente. En secreto, en la “infrapolítica de los grupos subordinados” (Scott, 1990) se preparó el terreno de la ebullición social que años después tomaría por asalto la escena. Más que el hecho duro de la decisión de una vanguardia de “encender la revolución”, propongo estudiar la rebelión indígena y campesina que tuvo lugar en Guatemala como una codificación estratégica de una amplia variedad y diversidad de focos, ubicados en caseríos y aldeas, y razones de resistencia que fueron incorporados por las organizaciones guerrilleras. Éstas tradujeron aquel sentido de rebelión en formas de lucha, tácticas y estratégicas. Me interesa ver cómo se construyó el complejo enjambre de resistencias. (Moore, 1978) (Foucault, 1976). Entonces, la pregunta clave aquí es ¿Qué cambios fueron precisos para hacer que aquellos campesinos del altiplano guatemalteco, después de siglos de sometimiento, decidieran a alzarse contra el Estado? ¿Por qué en ese preciso instante?

Tras el fin de la era colonial, el campo guatemalteco conoció un período muy agudo de motines. Aunque nunca colocaron al régimen en una posición de crisis, éstos alcanzaron cifras muy altas ¿Por qué aquella serie de eventos nunca llegó a inquietar a las élites capitalinas? Porque eran conflictos localizados. Las revueltas de aquel entonces, estuvieron limitadas a localidades o apenas grupos muy reducidos de éstas. Así, la serie de cambios políticos por las que transitó el período de la independencia, se les mantuvo lejos de los micro-conflictos locales. Generalmente, éstos fueron el resultado del roce del sistema tributario con los pueblos de indios. Cuando el recaudador de impuestos exigía más, a pesar del hambre que esto significara para los vecinos. Además, no hubo un elemento articulador, como pudiera ser una organización, un fenómeno natural, una crisis repentina que afectara la sobrevivencia campesina, que desenmascarara a uno o más culpables con claridad. Más de siglo y medio hizo falta para que estas características cambiaran. Cuando cambiaron, entonces, la violencia emergió con furia. La paz que durante siglos sostuvo el sometimiento de las mayorías indígenas estaba basada en el sistema de autonomía comunal campesina: el pueblo de indios. En aquel territorio se gozaba de terrenos comunales, con los que se combinaba el trabajo temporal en las fincas, como cuadrilleros. El conjunto de agravios sufridos por generaciones halló una vía de salida y se conectó, además, a una serie de factores que lentamente fueron presentando oportunidades para ir constituyendo la conciencia indígena. Esto puede rastrearse en varios números de *La Voz del Comité de Unidad Campesina*, órgano informativo del CUC. Se trata de un sujeto que a la vez que es campesino, es también jornalero temporal.

Pero aquel sistema que combinaba una cierta seguridad comunitaria, con la explotación y el trato vil en las fincas comenzó a deteriorarse. Y estalló frente al finquero. Las víctimas de la violencia fueron los finqueros de las cercanías ¿Quién pretendía conquistar el Estado e implantar el socialismo? Los campesinos, muy seguramente no. Para ellos, tierra y vengar ancestrales afrentas era lo fundamental.

Este enfoque permite ver eso que llamamos guerra en general, o guerra de guerrillas, como lo que en realidad es: un conjunto de aldeas en las cuales existen ciertos niveles de organización y disposición para rebelarse. En aquellas circunstancias, dicha disposición significaba apoyar de diversas formas e intensidades, aquel movimiento. Pero el carácter distintivo era eso: aldeas y pobladores organizados. Se trata de cambios complejos. El decisivo, fue la capacidad para propagar el malestar. Ese fenómeno fue el que en definitiva permitió colocar el detonador en aquella situación de suyo explosiva, larvada durante siglos.

En medio de la guerra, el ejército supo dar respuestas diferentes a enemigos diversos. Más allá del genérico objetivo de tomar el poder por medio de las armas para hacer “los cambios que el país necesita”, los insurgentes eran muy heterogéneos entre sí. Su definición de las fuerzas motrices de la revolución, elemento determinante de las zonas –geográficas y sociales- de implantación y desarrollo, y de su composición, abrían profundas brechas entre ellos. La implementación de la estrategia de la guerra popular prolongada (o revolucionaria), en su componente militar y político, de masas, relaciones con movimientos y organizaciones sociales, diferían de organización a organización. Eso que se llama “la guerra”

como fenómeno general, no existió en la realidad. Se vivieron cuatro guerras, contra cuatro adversarios diferentes. El Ejército entendió las diferencias de los grupos guerrilleros.

Contra el Partido Guatemalteco de los Trabajadores (PGT), realizó un sistemático trabajo de inteligencia en los ámbitos urbanos y rurales. Ello permitió al ejército mantener a raya al partido comunista de Guatemala, al asestarles severos golpes en los niveles de dirección y de cuadros medios. Para controlar a las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) en el departamento de Petén, constantemente hacía ajustes a la forma como las unidades militares estaban desplegadas en aquel territorio. Ello estuvo a cargo de la Brigada Militar Luis García León (BM-LGL), la que contaba con el apoyo de la Base Aérea del Norte. Para hacer frente a la Organización Revolucionaria del Pueblo en Armas (ORPA), creó un teatro de operaciones. El Teatro de Operaciones Sur Occidental (TOSO) concentró en un mando el accionar de dos Brigadas Militares. Se trató de la Brigada Militar Manuel Lisandro Barillas (BM-MLB), en Quetzaltenango; y la Base Militar de Tropas Paracaidistas General Felipe Cruz (BMTP-GFC), en Escuintla. Esto comprendía un área que iba del volcán Tacaná, en el departamento de San Marcos, hasta el departamento de Santa Rosa. Abarcaba el área sur de los departamentos de Quetzaltenango, Sololá, Chimaltenango y Sacatepéquez, y los departamentos del Retalhuleu, Suchitepéquez y Escuintla.

Contra el EGP, diseñó una estrategia basada en Fuerzas de Tarea (FdT). Esta manera de conducir las operaciones militares, implicó un cambio en la estrategia militar. El mando, el despliegue, el apoyo de servicios y el apoyo

aéreo fueron modificados. El Estado Mayor designaba a los jefes de las fuerzas de tarea, quienes contaban con un Estado Mayor. En el despliegue se empleaban batallones orgánicos de distintas zonas militares, durante largos períodos de tiempo en la realización de operaciones. Sobre el apoyo aéreo se ejercía un control más directo, desde el mando de la Fuerza de Tarea.

Entre 1981 y 1982, se crearon cinco FdT: Iximché, que cubría Chimaltenango, Sacatepéquez, el este del departamento de Sololá y el sur del departamento de El Quiché (CEE-III, 1999: 307-309); Gumarcaaj, con la cual se cubría el sur y el centro del departamento de El Quiché (CEH-III, 1999: 309, 310); Tigre, en el municipio de Ixcán, al norte del departamento de El Quiché (CEH-III, 1999: 312-314); Xibalbá, que cubría los departamentos de Alta y Baja Verapaz (CEH-III, 1999: 311); y, Zacualpa, que cubría el departamento de Huehuetenango (CEH-III, 1999: 310-311). En los 18 meses en que se detalla la información de las masacres cometidas por Fuerzas de Tarea, de junio de 1981 a diciembre de 1982; se revela que el 57% del total de masacres cometidas a lo largo de la guerra en cinco departamentos (El Quiché, Huehuetenango, Chimaltenango, Alta y Baja Verapaz) fueron cometidas por Fuerzas de Tarea en aquel tiempo. 51% cuando el dato se compara con el total de masacres cometidas en todo el país a lo largo de la guerra. 7.5% del total de masacres a lo largo de la guerra son atribuibles a la fuerza de tarea Xibalbá; 5% a la FT-Tigre; 15% a la FT-Gumarcaaj; 15% a la FT-Iximché; y 9% a la FT-Zacualpa. Aproximadamente ocho de cada diez masacres cometidas entre 1981 y 1982 en aquellos cinco departamentos fueron perpetradas por fuerzas de tarea (346 de 454).

La Comisión de Esclarecimiento Histórico, empleando el marco conceptual y jurídico establecido en la Convención para la Prevención y Sanción del Delito de Genocidio (de diciembre de 1948), (CEH-III, 1999: 314-316) concluyó que los pueblos indígenas, que sufrieron actos de genocidio fueron: maya-q'anjob'al, y maya-chuj, en los municipios de Barillas, Nentón y San Mateo Ixtatán, de departamento de Huehuetenango, donde el 3.6% de la población fue aniquilada y el 80% tuvo que desplazarse (CEH-III, 1999: 395-416); Maya-ixil, en los municipios de Santa María Nebaj, San Juan Cotzal y San Gaspar Chajul, del departamento de Quiché, asesinando alrededor del 15% del total de habitantes, arrasando el 70% de las aldeas y provocando el desplazamiento del 60% de la población (CEH-III, 1999: 326-359); Maya-k'iche', en el municipio de Zacualpa, departamento de Quiché, donde la población fue diezmada en un 11% (CEH-III, 1999: 377-394); maya-Achi, en el municipio de Rabinal, departamento de Baja Verapaz, donde un 15% de la población fue asesinada (CEH-III, 1999: 360-377).

La comparación de los resultados (en términos del genocidio) creo que sirve para ilustrar lo que sucedió. Debemos de dejar de ver la guerra como un fenómeno homogéneo y más bien entender la evolución diferenciada de regiones, las que juegan un papel en su relación con otras. De esa forma, en 1981 se libraban cuatro guerras contra cuatro adversarios diferentes. En su enfrentamiento contra uno de estos adversarios el Estado cometió genocidio. La pregunta entonces es ¿Por qué allí y no en otras zonas? La clave de aquellas diferencias, en torno a la geografía del genocidio en Guatemala, no está en los líderes rebeldes y sus ideas, sino en la relación entre el tipo de campesino y los territorios. Es esto lo que de-

bemos desentrañar. Es esto lo que está detrás de las diferencias entre la misma organización, que también tuvo resultados diferentes de territorio en territorio⁶.

Aquí la pregunta es ¿qué fue el altiplano para el Estado de Guatemala? Es el lugar de los pueblos de indios. Y de las repercusiones de esta respuesta se hallan –me parece- las diferencias entre los resultados de ORPA y EGP. A pesar, reitero, de la capacidad militar –superior en los primeros, de acuerdo a conclusiones preliminares desde mis investigaciones- de sus unidades militares permanentes.⁷ Si alguna rebelión podía darse en Guatemala ésta iba a desencadenarse en el altiplano. El altiplano estaba articulado a la economía capitalista a través de las plantaciones. Pero también, allí se fueron ensanchando ciertos márgenes de protesta que se articulaban entre sí. Tal y como en 1969, las propias FAR lo habían intuído, el altiplano era la zona de inserción más apropiada. Éstas fracasaron en aquel intento por implantarse allí. Otros lo lograron en 1972.

Si sabemos que la geografía de la violencia no fue homogénea en todo el territorio nacional, me parece disparatado pensar que esa diferencia se halla en las capacidades –que entonces serían gigantescas-, de la organización que llegó en 1972 al altiplano. Se precisa

entender más bien las dinámicas regionales, la organización económica en el territorio, su articulación con la economía nacional y su relación con el Estado y el régimen político. Ver conjuntos articulados de corredores geográficos y demográficos. De cómo se pasó de las zonas periféricas de colonización campesina, a áreas de frontera y a zonas más ricas, lo que se concretó en la presencia –no creo que se haya llegado a tener el control, o eso es algo que hay que indagar a fondo- en el corredor de la ruta interamericana que conecta la Ciudad de Guatemala con Huehuetenango.

El enconado debate que la tesis ha suscitado se halla en relación dos asuntos de compleja resolución: ¿Cuál era el carácter de la revolución guatemalteca? y, ¿Cuál fue el papel de la vanguardia revolucionaria en ésta? ¿Comprendieron las élites revolucionarias el papel del indígena en la revolución o más bien, sus acciones desencadenaron ofensivas militares contra la población civil, que ellos nunca fueron capaces de prever? ¿Por qué la guerrilla fue incapaz de conducir la guerra en Guatemala? Una cuestión de profunda responsabilidad histórica.

TESIS NÚMERO DOS LOS PERPETRADORES DEL GENOCIDIO FUERON JÓVENES, INDÍGENAS Y ANALFABETOS, SOMETIDOS A UN ENTRENAMIENTO DE CORTA DURACIÓN

Hasta ahora sabemos quiénes fueron algunas de las víctimas, cómo y cuándo murieron. Sabemos también que fueron asesinadas –en su gran mayoría- por unidades del ejército. Algo hemos logrado reconstruir en relación con el alto mando de la institución militar,

6 Elemento que emergió de una conversación entre el autor y Yolanda Colom.

7 Entrevistado número 10, Soldado del Ejército de Guatemala, entrevista realizada durante 2005 (tercera sesión del primer año), relata un combate que se entabló con unidades de ORPA en el volcán Tacaná: "... las FAR y el EGP nunca tuvieron combates como los que algunas unidades sostuvieron con ORPA. En una ocasión, con ORPA se tuvo un combate que inició a las cinco de la mañana y eran las tres de la tarde y la unidad no había podido entrar todavía al campamento de ellos."

sus personajes más visibles. Pero hasta allí hemos llegado. De este punto en adelante, el camino se oscurece. Sabemos del ejército todavía en términos generales, pero no de soldados, encuadrados en pelotones y compañías.

En el corazón del genocidio en Guatemala hubo una breve, pero intensa ola de masacres cometidas en el área rural. No se trató de un largo período de tiempo a lo largo del cual ocurrieran matanzas de forma gradual y dispersa. Se trató de una ofensiva militar a gran escala ejecutada de forma relámpago por soldados regulares encuadrados en el esquema operacional de las Fuerzas de Tarea. Para ello resulta importante rastrear dos elementos: el tiempo y el espacio.

Aunque de forma intermitente, la guerra atravesó treinta y seis años de la historia de Guatemala. De noviembre de 1960 a marzo

de 1996.⁸ A pesar de las agudas diferencias en cuanto a la intensidad de la batalla, es posible concebir aquel conjunto de eventos como un fenómeno en tres ciclos. El que va de 1960 o 1962 y llega hasta los primeros meses de 1967; el que va de 1967 a 1982; y el que va de 1983 a 1996. A finales de 1981, aquella guerra alcanzó su momento más álgido. Entonces, las fuerzas armadas lanzaron una contraofensiva que arrasó con las bases de los insurgentes. 626 masacres fueron cometidas por fuerzas de seguridad del Estado y aparatos paramilitares (CEH-III, 1999: 252); miles de personas fueron asesinadas o desaparecidas; un millón y medio tuvieron que desplazarse de sus comunidades de origen, buscando refugio en distintas partes del país; doscientos mil salieron a México.⁹

Antes que término jurídico, “las masacres” fue la denominación que los guatemaltecos le dieron a lo que estaba pasando durante

8 El punto de partida es objeto de serias discusiones. El debate se cierra entre dos eventos: el alzamiento militar del 13 de noviembre de 1960 y el ataque que tuvo lugar el 7 de febrero de 1962. Un tercer elemento que vendría –creo– a precisar el inicio de la guerra vendría de dos procesos que hay que esclarecer: a) el momento en que aquellos militares que en vez de regresar a los cuarteles, tras ser derrotados en noviembre de 1960, empiezan a considerar la guerra de guerrillas como una opción. Un momento que debe estar fechado entre noviembre de 1960 y febrero de 1962. Me parece que el año 1961 fue un momento de gran importancia. Durante ese año tuvo lugar la implantación de la unidad guerrillera que realizó el ataque de febrero de 1962. b) el segundo proceso que es necesario esclarecer es el momento en que la izquierda, que empezó a ser perseguida tras la invasión de 1954, pasó de considerar la vía de las armas como el camino a tomar. Me parece que estos dos procesos confluyen en el año 1961. Hay un hecho más que me parece que no puede quedar al margen de las fechas en las que hemos estado moviéndonos: la revolución cubana. El influjo de ésta puede servir para medir el peso de los eventos que sirven como parámetros al inicio de la guerra. Lo advierto de esta

forma: el 13 de noviembre hubiera sido posible sin la revolución cubana; el 7 de febrero no. Para otros, la guerra inicia en 1966, cuando el ejército inicia la matanza de más de 35 líderes de izquierda, lo que se conoce como el asesinato de los 28.

9 Un panorama sobre la magnitud de los desplazados y los refugiados puede leerse: “En los cuatro departamentos donde se registraron desplazamientos masivos, El Quiché, Huehuetenango, Chimaltenango y Alta Verapaz, aproximadamente un 80% de los pobladores (o sea, más de 1.3 millones de personas) (dicha cifra significó más del 17% de la población total del país en ese período) abandonaron, al menos temporalmente, sus comunidades, principalmente a fines de 1981 y parte de 1982” (Mack, 1990: 11). El dato de los refugiados guatemaltecos en México varía, entre los aproximadamente 50 mil, de acuerdo a las cifras oficiales de ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para Refugiados) y COMAR (Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados), a los 200 mil. La base de esta oscilación radica en el número de personas que de forma dispersa cruzaron la frontera, asentándose en territorio mexicano con o sin estatuto de refugiado. Sobre el tema ver: Aguayo (1985), Mack (1990) (1992); y, Castillo (1999).

aquellos años. Aunque la masacre implica la ocurrencia de varias ejecuciones arbitrarias, en ellas regularmente ocurren otro tipo de hechos: desapariciones forzadas; violaciones sexuales; lesiones graves; tortura y tratos crueles; la destrucción de bienes de personas, lo que sometió a poblaciones a condiciones de existencia que propiciarían su destrucción física; el traslado por la fuerza de niños; y, la mutilación de cadáveres, entre otros. Para los guatemaltecos, el término masacre hace alusión, define y sintetiza todo este conjunto de acciones (CEH-III: 249-252).

Pero hasta finales de 1981 casi nada de esto había ocurrido. Las víctimas del genocidio guatemalteco seguían aún con vida. A inicios de 1983, los números estaban casi completos. Los años del genocidio fueron 1981 y 1982.

Tomemos ahora en cuenta que nueve de cada diez masacres fueron cometidas en cinco departamentos. Esto es: 554 de 626 casos. Ocho de cada diez masacres tuvieron lugar entre 1981 y 1982 en esos cinco distritos departamentales. De diez casos de masacres, ocho tuvieron lugar entre 1981 y 1982 para el caso de El Quiché (247 de 327); y nueve, en los otros casos de Alta y Baja Verapaz (73 de 81); Chimaltenango (56 de 63); y Huehuetenango (78 de 83) (CEH-III, 1999: 258; CEH-XIII, 1999: 228).

Entre junio de 1981 y marzo de 1982, 179 masacres fueron cometidas (para un promedio mensual de 18). El mismo número de masacres que va de abril a diciembre de 1982 (con un promedio mensual de 19). Con todo, 1982 es el año en que más masacres se ejecutaron, 271 en total (para un promedio mensual

de 23). De junio de diciembre de 1981 fueron 75, para un promedio mensual de 11 (CEH-III, 1999: 258; CEH-XIII, 1999: 228).

Como ya adelantamos, nueve de cada diez masacres realizadas por fuerzas de seguridad del Estado o estructuras paramilitares, tuvieron lugar en cinco departamentos.¹⁰ Éstos fueron: El Quiché (327), Huehuetenango (83), Chimaltenango (63), Alta Verapaz (55), y Baja Verapaz (26). El genocidio se concentró en esta pequeña porción de territorio, equivalente a un tercio del total nacional (29 de 108 mil kilómetros cuadrados).

Las unidades del ejército actuaron solas en seis de cada diez masacres. Se hicieron acompañar por comisionados y patrulleros civiles en tres de cada diez. Las Patrullas de Autodefensa Civil ejecutaron masacres sin presencia de efectivos militares en un 3% del total de casos. Además de estos grupos de vecinos organizados por las fuerzas armadas, participaban en las matanzas comisionados militares, “confidenciales”, administradores y propietarios de fincas (CEH-III, 1999: 256).

Durante aquel año y medio que duró el genocidio en Guatemala, la intensidad de las operaciones llevadas a cabo por el ejército hace pensar que se empleó a casi la totalidad de unidades militares disponibles. El entrevistado número 32, Oficial del Ejército de Guatemala, en sesión realizada en el mes de julio de 2005, cuenta cómo uno de los aspectos previstos era –desde 1981– el incremento de las tropas del ejército, lo que finalmente se alcanzó en 1982.

¹⁰ Guatemala cuenta con un modelo de Estado central. Departamentos es el nombre que reciben las porciones de territorio en que se da la división político territorial.

“Entonces (1981) la propuesta del Ministro de la Defensa fue aumentar los efectivos del Ejército para poder soportar ese vendaval que se vislumbraba, porque ya estaba muy cerca de llegar a Guatemala. El Presidente Romeo Lucas, no creyó que fuera cierto lo que se le estaba diciendo. Cuando aceptó, lo que hizo fue autorizar una compañía de ingenieros, porque él estaba más preocupado por las carreteras, y no le daba mucho crédito a la cuestión de la guerra. Hasta ahí llegó la propuesta con el Presidente. [...] Cuando aparece Ríos Montt se le vuelve a plantear la misma situación. Entonces, él autoriza el incremento. Él habla de una movilización parcial, ese fue el término que él utilizó, para incrementar las fuerzas militares en más o menos un 33% de lo que había en ese momento. Como se necesitaba de inmediato contar con soldados capacitados para mandarlos a la guerra, se invitó a los que ya habían prestado su servicio militar a que volvieran al ejército...”

Como todo ejército, éste se compone de soldados y oficiales. Durante toda la guerra el sistema de reclutamiento militar fue forzado y discriminatorio. Luego de su reclutamiento, los nuevos soldados eran llevados al Centro de Adiestramiento de Reemplazos (CAR), ubicado en Jutiapa. Allí transcurrirían tres meses, hasta incorporarse a un pelotón. Alrededor de la mitad de los reclutados lograban escapar de aquella base militar.

“...no se podían tener pelotones de 40, como era puro reclutamiento, día a día, a la hora de sacar el estado de fuerza (pasar lista), decía: - faltan 30 reclutas;

o -40 reclutas se desertaron anoche; - faltan 25; - que faltan diez; y así... [...] entonces ahí ya iban rebajando y rebajando. Cuando veníamos a salir de los tres meses de entrenamiento, ya salían los pelotones de 50, 55, porque ya se había desertado la mitad.” (Entrevistado número 10, soldado del Ejército de Guatemala, sesión realizada en 2005, primera sesión del primer año).

De la mitad que llegaba hasta el día en que juraban bandera y salían de aquel centro se realizaba una selección. En la narración del entrevistado número 10, soldado del Ejército de Guatemala, en entrevista realizada en 2005 (primera sesión del primer año):

“Aparte, aparte, bueno los que no saben leer nada pasen para allá; los que pueden escribir pero no saben leer pasen para acá; los que pueden leer pero no pueden escribir pasen para acá y así, entonces ya se agarraban. Entonces decían bueno, para Poptún vamos a mandar 200, 200, entonces comenzaban a contar, vamos a ver de los que pueden leer pero no pueden escribir, pues hay 70, bueno 35 pasen para allá. Y de los que saben leer de sexto a ver este y este, cinco pasen para allá; de cuarto, uno, dos, tres, cuatro, cinco pasen para allá; de primero taz, taz para allá; y estos otros tantos que saben escribir pero no saben leer pasen allá; ya ajustaron los 200”.

Al final, las unidades fundamentales de todo ejército, los pelotones, quedaban integrados al azar. En palabras del entrevistado número 36, Oficial del Ejército de Guatemala, entrevista realizada en agosto de 2005:

“Había uno (un soldado) de Toto (Totonicapán), dos de Huehue (Huehuetenango), uno de Zacapa, uno de Cobán, diez de Jutiapa, tres de Guate (Guatemala), cinco de Escuintla. A mí lo que me interesaba era tener mis cuarenta hombres. De ahí yo me encargaba de hacer el proceso de homogenización.”

Dado que los reclutas que sabían leer y escribir eran seleccionados para pasar a determinadas unidades, al resto de pelotones se integraban con jóvenes analfabetas:

“...en las zonas pelean los que saben leer, los pelean, si, ahí los capitanes se pelean por los que saben leer. Las unidades que agarran a los que saben leer son las de blindados, o sea mortero (120 y la batería 105). Esas unidades se integran sólo con puros estudiantes. Luego, mandan a ellos (a los que sabían leer y escribir) los mandan a la Guardia Presidencial y a las cuarteles de la capital.” Entrevistado número 10, Soldado del Ejército de Guatemala, sesión realizada en 2005 (primera sesión del primer año):

¿Cuál fue el papel del racismo en 1981-1982? ¿Se puede hablar de un incremento del racismo a medida que fue propagada una idea/ sensación de amenaza? ¿De qué forma, el auge del racismo de pronto se convierte en el punto donde se rematan todos los hilos que justifican la matanza? ¿cómo se manifiesta el racismo en la relación entre el alto mando del cuerpo de oficiales y la oligarquía? Lo cierto es que los indígenas guatemaltecos fueron colocados al borde de la muerte cuando, entre la oligarquía y el alto mando del cuerpo de

oficiales, se consolidó la idea de que éstos habían sido engañados por la subversión. Es, precisamente esa mezcla, subversión e indios, la singularidad de Guatemala en el contexto de la guerra fría en América Latina. Es esto también lo que explica este genocidio.

El Ejército de 1981 era el reflejo de la sociedad. No se trataba de una institución cuyo personal tuviera rasgos excepcionales. Engarzaba a las clases bajas del campo, jóvenes indígenas, en su mayoría analfabetas, con los ladinos de clase media y todavía algunos elementos de las clases altas. No eran, desde el punto de vista de la estratificación, una institución excepcional o diferente de la sociedad guatemalteca. No mataban ante el ejercicio de la coacción. Más bien, lo hicieron con una voluntad forjada en medio de la guerra misma. No eran un tipo especial de guatemalteco, ladinos, que iban sobre los indígenas; ni se trataba de pelotones conformados por patrones étnicos, conformados para atacar a otra etnia en particular, en base a estudios antropológicos, como en algún momento se ha pensado.

TESIS NÚMERO TRES

LAS RAZONES DE LA DERROTA INSURGENTE NO HAY QUE BUSCARLAS ÚNICAMENTE EN LOS INSURGENTES SINO –SOBRE TODO– EN EL RÉGIMEN POLÍTICO, LA COALICIÓN DE CLASES QUE LE SOSTENÍA Y LAS ALIANZAS INTERNACIONALES

El desenlace de todo proceso revolucionario no es siempre la revolución. Se precisa ver a los revolucionarios, pero también a los contrarrevolucionarios. Aquí la pregunta clave es ¿Cuál es el Estado que había que derrotar?

En Guatemala, la coalición de clases se parapeté detrás de la institución armada y del gran aliado, los Estados Unidos. Nunca se dividió, como sucedió en los otros casos, cuando los rebeldes triunfaron. Todo apunta a que esta oligarquía exigió el genocidio al alto mando del cuerpo de oficiales. Aquella rebelión se topó con una élite agraria graníticamente consolidada alrededor de cuatro aspectos:

- a) el terror en su contra, en los ámbitos rurales y urbanos;
- b) la propagación del sentido de terror que generó el ejemplo de la caída de la Nicaragua somocista; dada la crítica situación de El Salvador, muchos somocistas encontraron refugio de en Guatemala;
- c) el uso del terror para acabar con la guerrilla;
- d) el recuerdo del pánico de 1952, época de la reforma agraria.

No obstante, las alianzas que sostuvieron a la institución armada en la cima del poder, sigue privando un sentido de suposiciones y sentidos comunes. Uno de los entrevistados, el identificado como número 32, Oficial del Ejército de Guatemala, en entrevista realizada en 2005 afirmó:

“...Sí había una exigencia de parte de la iniciativa privada al Presidente de la República: y ahora ¿qué va a pasar con nosotros? ¿qué vamos hacer? ¿qué va a pasar con Guatemala? [...] tal vez una presión mucho más fuerte que la que pudo haber ejercido el Ejército sobre el Presidente vino del empresario guatemalteco para hacer algo.”

A diferencia de otras circunstancias, cuando los levantamientos agrarios derivan en revoluciones, esta vez, en Guatemala, las élites permanecieron unidas detrás del ejército, empujando a éste a actuar de manera decisiva y feroz. Nuevamente, la comparación histórica da la clave para entender los acontecimientos. Las tres revoluciones triunfantes del siglo xxi en América Latina se alzaron sobre los pedazos de dictaduras personales. Me refiero a México, Cuba y Nicaragua. Fueron momentos en los cuales, además, la configuración internacional de fuerzas se hallaba confundida. Estados Unidos no logró articular una respuesta que echara por el suelo lo que estaba sucediendo. En Guatemala, el autoritarismo militar tomó una forma más bien colegiada y aquella oportunidad en las relaciones internacionales se cerró la misma noche del 19 de julio de 1979, con el triunfo del Sandinismo. Uno de los entrevistados, el número 35, Oficial del Ejército de Guatemala afirmó en entrevista realizada en agosto de 2005:

“...aquella promoción de oficiales de la Escuela Politécnica debió haberse graduado en diciembre, pero, debido a la sensación que dejó la caída de Somoza, se graduó el primero de septiembre. El avance de los sandinistas y la consolidación de esa revolución, dio fuerza a los salvadoreños y a los guatemaltecos. Prácticamente esto –la caída de Somoza García– encendió los ánimos y apresuró las cosas. Esa anticipación permitió al ejército soportar esa primera ola de movilización casi nacional.”

El mismo entrevistado, en sesión realizada en agosto de 2005 (sesión número uno) afirmó, a propósito de las conexiones entre

el régimen de Lucas García (en Guatemala) y Somoza:

“...no era extraño para nosotros lo que estaba pasando en Nicaragua. El general Lucas estaba muy bien enterado porque él había dispuesto todo lo que se pudiera hacer para apoyar al ejército de Somoza. Ese sí era puro ejército de Somoza. Habían oficiales (guatemaltecos) que entrenaban y conducían a las unidades nicaragüenses... y ellos cada vez que venían contaban como estaba de mal la situación allá...”

De finales de 1979, se abre un momento en el que todos se preparan para la guerra que habrá de librarse en 1981. El año clave –me parece– fue 1980. Fue el gran momento de la preparación. A diferencia de lo que sucedió en El Salvador, donde la Fuerza Armada de aquel país se lanza a la conformación de batallones de fuerzas especiales con el apoyo de Estados Unidos, aquí, se contaba con el curso kaibil. De aquel curso, ya sabemos de las imágenes grotescas de personas comiendo animales. Un perro, para ser precisos. Pero el aporte de este curso a la guerra fue vital. A lo interno de la institución armada se vivió un proceso que se llamó kaibilización. Cito al entrevistado número 36, Oficial del Ejército de Guatemala:

“Bueno ahí hay un fenómeno en el Ejército que se llama la kaibilización de todos los cursos. Nosotros hacemos del curso kaibil como la bandera o la insignia de la fuerza del Ejército [...] Los egresados de la Escuela Kaibil llevan la semilla. Se convierten en pequeños conductores de cursos que van en esa dirección en los diferentes puntos de la República. En-

tonces, por ejemplo, los paracaidistas tenían un entrenamiento especial, pero el curso interno se llamó “Kaibilito”. En la Escuela Politécnica se dio el caso de un instructor que recién egresado de la Escuela Kaibil llegó. Para él se le estaba pidiendo al cadete 10 veces más que a un oficial que está yendo a sacar el curso (kaibil). Las pruebas eran tremendamente más difíciles. Esto se genera en todas las bases...Un proceso de hacer de que las técnicas que los kaibiles estaban recibiendo en el Infierno se desarrollarán en todo el Ejército.”

Otro de los oficiales entrevistados confirma este proceso. Entrevistado número 34, Oficial del Ejército de Guatemala, entrevista realizada en julio de 2005.

“...esa mística de kaibil se llevó a muchos lugares. Entonces, se hicieron pequeños cursitos de entrenamiento de lucha irregular en casi en cada lugar a donde usted iba. Estaba por ejemplo, en la Alta Verapaz, el curso Sultacá; en Santa Rosa, el curso Xinca; en Izabal, el curso Cobra. Éstos eran como “kaibilitos”, cursos para entrenar a la tropa en términos irregulares. Entonces ¿qué pasa? los comandantes, los que hicieron estos cursos eran kaibiles. Así se reprodujo y se multiplicó el esquema en muchos ámbitos de acción. Eso llevó a que el Ejército dejara de pensar en términos regulares y fuera a una lucha irregular a nivel de todas sus unidades.”

Además del tipo de Estado y sus alianzas internas y externas, se trató de un régimen acostumbrado a emplear de forma brutal e in-

discriminada el terror para controlar cualquier intento de protesta social.

Esta tesis invita a pasar de las historias de las organizaciones revolucionarias, a ver la interacción entre los rebeldes y el Estado, el tipo –patrimonial o burocrático– y las capacidades de éste para llevar adelante sus objetivos.

TESIS NÚMERO CUATRO

RASTREAR EL PUNTO DE PARTIDA DE LA DECISIÓN MILITAR POR EMPRENDER EL GENOCIDIO DILUCIDA CON CLARIDAD LA RESPONSABILIDAD INSTITUCIONAL DEL EJÉRCITO, LA COALICIÓN DOMINANTE Y SUS ALIADOS INTERNACIONALES

En torno a la institución armada ha prevalecido el argumento de que su participación en el genocidio se dio a nivel operativo. Cuando se acepta la participación en las masacres el argumento que prevalece es que la extensión de las operaciones no pudo hacer efectivo el control sobre las tropas. Así, los mandos operativos cometieron lo que bajo este argumento es calificado como excesos. Esto se condensa de forma clara en este párrafo:

“En la medida en que se abrieron las operaciones usted tiene que improvisar cuadros de control. En la medida en que se abrió el abanico se fue perdiendo control operacional. Entonces, las patrullas en el nivel táctico tuvieron mayor independencia, mayor capacidad de decisión en el terreno, empezaron a hacer su propia inteligencia de combate para poderse orientar, pero se perdió el control operacional. Entonces ¿cómo podía el nivel estratégico estar seguro de las operaciones

en el nivel táctico si estaba improvisando el nivel de control operacional? No se podía. Realmente lo que hubo aquí fue un desborde de las operaciones, que llevó a desbordar también la capacidad operacional del control.” (Entrevistado número 34, Oficial del Ejército de Guatemala, entrevista realizada en julio de 2005).”

Pero ¿cuál fue el punto de partida de ese momento? El punto de partida fue una reunión en la cual se tomó la decisión de modificar la estrategia que hasta entonces se había empleado. Antes, entre septiembre y octubre de 1981, el Ejército había replegado varios batallones de Huehuetenango y Quiché, concentrándolos en el Agrupamiento Táctico de Seguridad.¹¹ Allí dio inicio un período de entrenamiento. El entrevistado número 31, en sesión sostenida en agosto de 2005, da un panorama de la situación que atravesó la institución armada en 1981:

“Se conocía la situación. Estaba “plo-teada” la situación en los mapas. Lo que pasa es que no se actuaba. Se sabía. Se sabía que (los guerrilleros) venían, llegaban, emboscaban y todas las cuestiones. Pero todo se quedaba. Medio sobrevolaba una helicóptero allí sólo viendo y se iba y

11 Un testigo, oficial del ejército de Guatemala, afirmó a la CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico): “Se reunían muchos generales y coroneles en el Agrupamiento Táctico de Seguridad para planificar en secreto. Una mañana nos dieron la orden de hacernos cargo de nuestras unidades y trasladarnos de inmediato a Chimaltenango y nos prohibieron que les avisáramos a nuestras familias. En Chimaltenango nos comunicaron cuál era la operación que íbamos a hacer, y la Fuerza de Tarea Iximché era la concentración de tropa más grande que se hizo en Guatemala hasta ese momento, 2,800 hombres de todas las armas, con equipo de combate.” (CEH-II: 49)

punto. El Jefe del Estado Mayor General estaba bien documentado de todo lo que estaba sucediendo, porque él les iba a dar lineamientos para las operaciones...”

La respuesta del ejército se concretó la madrugada del 12 de noviembre de 1981. El silencio fue cortado por un largo silbido de un convoy de camiones militares. Enfilaron por la carretera Interamericana. Ninguno de los soldados y oficiales —excepto el mando— estaban enterados de que aquellos pelotones iniciarían la mayor matanza en la historia contemporánea de América Latina.¹² Una semana antes, el 4 o 5 de noviembre, en el anfiteatro de la Fuerza Aérea, tuvo lugar una reunión en la que se tomó la decisión de llevar adelante un nuevo esquema en la lucha contraguerrillera. Las fuerzas de tarea sustituirían el diseño operacional centrado en las brigadas militares.¹³

12 La fecha exacta proviene de la siguiente referencia: “El 12 de noviembre el Ejército sacó a todas sus unidades y las trajo para Chimaltenango porque la guerrilla estaba a punto de declarar liberado el Altiplano. Sólo quedó el destacamento de Playa Grande y la única autoridad era la guerrilla”. (CEH-II: 281).

13 El entrevistado número 35, Oficial del Ejército de Guatemala, en entrevista realizada en julio de 2005 evaluó el despliegue de la Fuerza de Tarea Iximché en estos términos: “Fuerza de Tarea daba un despliegue masivo. Aquí estamos hablando que la Fuerza de Tarea Iximché movilizó aproximadamente unos dos mil efectivos, con un plan súper secreto, hecho por los mismos oficiales, ahí no entraron especialistas ni nada. Por eso no se filtró ninguna información hacia fuera. En un día se desarrolló tal movimiento nocturno de toda la Fuerza de Tarea que ocupó Chimaltenango, parte de Sacatepéquez, parte de Sololá y parte de Chichicastenango. En un solo despliegue. De esos puntos para arriba (al norte), hasta más o menos la cuenca del río Motagua. Entonces, al día siguiente el Ejército apareció por todos lados.”

Tras haber escuchado de boca del Jefe de la Segunda Sección la situación militar del país, y del Jefe de la Tercera Sección, las opciones operacionales, se procedió a nombrar al coronel Luis Arturo Getellá Solórzano como Jefe de la Fuerza de Tarea Iximché (FT-Iximché).¹⁴ El relato de aquel cónclave, a través de alguien que allí estuvo presente dice:

“...allí pasa a exponer todo el oficial de inteligencia: como está la situación; y el oficial de operaciones. Entonces, el oficial de abastecimiento, de abastos, no tiene más que cumplir ciertos lineamientos. Y el oficial de asuntos civiles, cumplir ciertos lineamientos que se le dan allí. Porque los que más tienen que ver allí son inteligencia, y de acuerdo a la inteligencia se desarrollan las operaciones, se van a desarrollar las operaciones, pero ya empleando la táctica contraguerrillera...”. (Entrevistado No. 31, Oficial del Ejército de Guatemala, sesión número dos, realizada en agosto de 2005).

El 9 de noviembre, con la ayuda del subjefe de la FT-Iximché y de los cinco oficiales que integraban su Estado Mayor, Getellá presentó al Jefe del EMG el conjunto de planes que ejecutarían las tropas bajo su mando. También, se dispuso cuántos batallones y la manera como éstos serían relevados a lo largo de las

14 “allí se nombró al mando de la Fuerza de Tarea. Ya estaban allí presentes, ya sólo se designaron allí de una vez para que empezaran a trabajar.” (entrevistado No. 31, Oficial del Ejército de Guatemala, entrevista realizada en agosto de 2005). Getellá Solórzano es egresado de la academia militar de West Point (Nueva York, Estados Unidos) en 1963, Getellá estudió en la Escuela de Infantería del Ejército de Estados Unidos (1974), donde también realizó el curso de Comando y Estado Mayor (1978) (Osorio, 2000).

operaciones que se planificaron (entrevistado No. 31, Oficial del Ejército de Guatemala, sesión número dos realizada en agosto de 2005).

Con el fin de aquella reunión, se selló también la suerte de miles de indígenas del altiplano guatemalteco. La crueldad extrema que sobre ellos se desató convirtió el momento de rebelión que se vivía en un momento de grandes sufrimientos.

OBRAS CITADAS

Aguayo, Sergio (1985), *El éxodo centroamericano*, México, SEP (Secretaría de Educación Pública).

Arias, Arturo (2001), *The Rigoberta Menchú Controversy*, Arturo Arias (ed.), Minneapolis, University of Minnesota Press.

_____ (2001a), “La quema de la Embajada de España en Guatemala: la versión de Máximo Cajal y la construcción ideológica de la versión defendida por Stoll”, ponencia presentada en el Congreso de LASA (Latin American Studies Association), Washington, D. C., Septiembre, 2001.

_____ (1990) “Shifts in Indian Identity: Guatemalan Violent Transition to Modernity”, en: Smith, Carol (ed.), *Guatemala Indians and the State, 1521-1988*, Austin, University of Texas Press.

_____ (1985), “El movimiento indígena en Guatemala: 1970-1983”, en: Camacho, Daniel y Rafael Menjívar (1985), *Movimientos Populares en Centroamérica*, San José, Costa Rica, EDUCA (Editorial Universitaria Centroamericana), FLACSO (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales), UNU (Universidad de las Naciones Unidas), IISUNAM (Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Autónoma de México).

Castillo, Manuel Ángel (1999), “Causas del éxodo. Procedencia y características étnicas de la población refugiada”, en: *Memoria. Presencia de los refugiados guatemaltecos en México*, México, COMAR (Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados), ACNUR (Alto Comi-

sionado de las Naciones Unidas para los Refugiados), p. 32-39.

CEH-I (Comisión para el Esclarecimiento Histórico) (1999), "Causas y orígenes del enfrentamiento armado interno", en: *Guatemala memoria del silencio*, Tomo I, CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico), Guatemala, UNOPS (Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas).

CEH-II (Comisión para el Esclarecimiento Histórico) (1999), "Las violaciones a los derechos humanos y los hechos de violencia", en: *Guatemala memoria del silencio*, Tomo II, CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico), Guatemala, UNOPS (Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas).

CEH-III (Comisión para el Esclarecimiento Histórico) (1999), "Las violaciones a los derechos humanos y los hechos de violencia", en: *Guatemala memoria del silencio*, Tomo III, Guatemala, CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico), UNOPS (Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas).

CEH-XIII (Comisión para el Esclarecimiento Histórico) (1999), "Anexo III," en: *Guatemala memoria del silencio*, Tomo XIII, Guatemala, CEH (Comisión para el Esclarecimiento Histórico), UNOPS (Oficina de Servicios para Proyectos de las Naciones Unidas).

Ceto, Pablo (2006), "Rebelión y Genocidio en Guatemala", ponencia presentada en el *X Congreso Centroamericano de Sociología*, Antigua Guatemala, octubre de 2006.

Danner, Mark (1994), *The Massacre at El Mozote*, New York, Vintage.

EGP, (Ejército Guerrillero de los Pobres) (1982), "Parte de guerra", Guatemala, enero de 1982, en: *Polémica*, Números 10-11, julio-octubre de 1983, pp. 87-92.

Foucault, Michel (1976), *La voluntad de saber Vol. 1 Historia de la Sexualidad*, México, Siglo Veintiuno, 1999. Vigésimo séptima edición en español. (Ulises Guñazú, traductor, de: *Historie de la sexualité I: La volenté de savoir*. Gallimard. París, 1976).

García Noval, José (1999), "Entre dos fuegos. Desde el mundo de los gatos pardos", en: *De la memoria a la reconstrucción histórica, Guatemala*, AVANCSO (Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala).

Grenier, Yvon (1999), *The emergente of Insurgency in El Salvador. Ideology and Political Will*, Great Britain, MacMillan Press. (Mitchell A. Seligson, prólogo).

Le Bot, Yvon (1992), *La guerra en tierras mayas. Comunidad, violencia y modernidad en Guatemala (1970 – 1992)*, México, Fondo de Cultura Económica. (Primera edición en español. Prólogo de Alain Touraine). (María Antonieta Niera Bigora, trad. de: *Le guerre en terre maya. Communauté, violence et modernité au Guatemala (1970 – 1992)*, París, 1995, Karthala).

Mack, Myrna (1990), *Política institucional hacia el desplazado interno en Guatemala*, Guatemala, AVANCSO (Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala). (Cuadernos de Investigación, No. 6).

_____ (1992), *¿Dónde está el futuro? Procesos de reintegración en comunidades de retornados*, Guatemala, AVANCSO (Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales en Guatemala). (Cuadernos de Investigación, No. 8).

Moore, Barrington (1978), *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, 1989. (Sara Sefchovich, traductora de: *Injustice, The Social Bases of Obedience and Revolt*, New York, M. E. Sharpe Inc.).

Osorio, Carlos (2000), "Unidades y oficiales del ejército de Guatemala". En: Doyle, Kate (ed.) (2000), *Los documentos, Vol. II. El ejército de Guatemala: Lo que revelan los archivos de los Estados Unidos*, Washington, D. C., NSA National Security Archive. (Electronic Briefing Book, No. 32).

Scott, James C. (1990), *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México, D. F., ERA, 2004, primera reimpresión de la primera edición en español (2000). (Jorge Aguilar Mora, traductor de: *Domination and the Arts of the Resistance. Hidden Transcripts*. Yale University, New Haven y Londres).

Skocpol, Theda (1979), *Los estados y las revoluciones sociales. Un análisis comparativo de Francia, rusia y China*, México, FCE (Fondo de Cultura Económica), 1984. Primera edición en español. (Juan José Utrilla, trad. de *States and Social Revolutions. A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge, Cambridge University Press).

Stoll, David (1999), *Rigoberta Menchú and the Story of all Poor Guatemalans*, Boulder, West View Press.

_____ (1993), *Between Two Armies in the Ixil Towns of Guatemala*, New York, Columbia University Press.

Walton, John (1984), *Reluctant Rebels. Comparative Studies of Revolution and Underdevelopment*, New York, Columbia University Press. Pp. 6-9, 13.

ENTREVISTAS CITADAS:

Entrevistado número 36, Oficial del Ejército de Guatemala, sesión realizada en agosto de 2005.

Entrevistado número 35, Oficial del Ejército de Guatemala, sesión realizada en agosto de 2005.

Entrevistado número 34, Oficial del Ejército de Guatemala, sesión realizada en julio de 2005.

Entrevistado número 32, Oficial del Ejército de Guatemala, sesión realizada en julio de 2005.

Entrevistado número 31, Oficial del Ejército de Guatemala, sesión realizada en agosto de 2005 (sesión número dos).

Entrevistado número 10, Soldado del Ejército de Guatemala, entrevista realizada en 2005 (primera sesión del primer año).